

## EUFEMIA.

COMEDIA.

## PERSONAS.

LEONARDO, *gentil hombre.*EUFEMIA, *su hermana.*VALIANNO, *señor de baronías.*CRISTINA, *criada.*JIMENA DE PEÑALOSA, *vieja.*MELCHOR ORTIZ, *simple.*PAULO, *anciano criado.*VALLEJO, *lacayo.*POLO, *lacayo.*EULALIA, *negra.*GREMALDO, *paje.*ANA, *gitana.**Acompañamiento.*

## ACTO PRIMERO.

## ESCENA I.

*(Sala en casa de Leonardo.)*

LEONARDO. MELCHOR.

LEONARDO.

LARGA, y en demasiada manera, me ha parecido la pasada noche: no sé si fue la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser ansi. Porque buen rato ha que Eufemia mi querida hermana con sus criadas siento hablar, que con el mismo

pensamiento se fue á dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor, ¡ah! Melchor.

MELCHOR.

Apriesa, apriesa, que se entran los moros por la villa. Henchí en mal punto el ringlon, si quereis que responda.

LEONARDO.

Melchor. Válgale el diablo á este asno: ¿y dónde está que no me oye?

MELCHOR.

Dizque no oigo: pardiez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oido. Mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquiera hombre de honra. A ese Melchor échele un soportativo y verá cuán recio so con él.

LEONARDO.

Superlativo quieres decir, badajo.

MELCHOR.

Sí, señor. ¿Pues por qué nos barajamos ellotro dia Jimena de Peñalosa é yo?

LEONARDO.

No me acuerdo.

MELCHOR.

¿No se acuerda que nos medio apuñeteamos porque me dijo en mis barbas que era mejor alcornia la de los Peñalosas que los Ortices?

LEONARDO.

Parece que me voy acordando ya.

MELCHOR.

¡Ah! gloria á Dios. Pues aqueso Melchor aguátele con alguna cosita al principio porque no vaya á secas, y verá lo que pasa.

LEONARDO.

Ah, señor Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Ahora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

LEONARDO.

¡Oh! mal os haga Dios! qué ¿tantos términos habemos de tener para que salgais?

MELCHOR.

Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. Que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

LEONARDO.

¿Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

MELCHOR.

Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni muger en todo mi pueblo que en abriendo la boca no diga mas bien de ella que las abejas del oso.

LEONARDO.

Aqueso, de bien quista debe ser.

MELCHOR.

¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una macula.

LEONARDO.

Mácula querrás decir.

MELCHOR.

Muger que todo el mundo la alaba. ¿No es harto, señor?

LEONARDO.

Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

MELCHOR.

No hay que decir. ¿Qué pueden decir? que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesto de su cuerpo: lo demas no fuera ella.... ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

LEONARDO.

Bota.

MELCHOR.

¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

LEONARDO.

Borracha.

MELCHOR.

Aqueso tenía tambien que en esotro asi podian fiar

de ella oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mí una olla de puchas, que todo lo ponía en cobro.

LEONARDO.

Eso es cuanto á la madre. ¿Y tu padre era oficial?

MELCHOR.

Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

LEONARDO.

¿Qué fue?

MELCHOR.

Miente vuesa merced los cargos de un pueblo.

LEONARDO.

Corregidor.

MELCHOR.

Mas bajo.

LEONARDO.

Alguacil.

MELCHOR.

No era para alguacil, que era tuerto.

LEONARDO.

Porqueron.

MELCHOR.

No valia nada para correr, que le habian cortado un pie por justicia.

LEONARDO.

Escribano.

MELCHOR.

En todo nuestro linage no hubo hombre que supiese leer.

LEONARDO.

¿Pues qué oficio era el suyo?

MELCHOR.

¿Cómo los llaman á aquesos que de un hombre hacen cuatro?

LEONARDO.

Bochines.

MELCHOR.

Asi, asi, bochin, bochin, y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

LEONARDO.

Por cierto que sois hijo de honrado padre.

MELCHOR.

¿Pues cómo dice la señora Peñalosa que puede ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrian y Esteban?

LEONARDO.

Calla un poco, que tu señora sale, y éstrate.

## ESCENA II.

LEONARDO. EUFEMIA.

EUFEMIA.

¿Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

LEONARDO.

Carísima Eufemia, querría, si Dios de ello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminarme á aquellas partes que servido fuere.

EUFEMIA.

Qué, ¿todavía estás determinado de caminar sin saber á dó? Cruel cosa es esta. Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¡Ay sin ventura! que cuando á pensar me pongo tu determinacion y firme propósito, la muerte de nuestros carísimos padres se me representa. ¡Ay hermano! acordarte debrias que al tiempo que tu padre é mio murió, cuanto á tí dél quedé encomendada, por ser muger y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo: ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á tí con justísimas plegarias se encomienda.

LEONARDO.

Cara y amada Eufemia, no procures estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte sería parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofresce es que hagas aquello que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeidas y apartadas, suelen hacer: no tengo mas que avisarte, sino que do quiera que me hallare, serás á menudo con mis letras visitada. Y por agora en tanto que yo me llevo á oír misa, harás á ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

EUFEMIA.

Vé, hermano, en buen hora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

LEONARDO.

Asi lo haré: queda con Dios.

## ESCENA III.

EUFEMIA. MELCHOR.

EUFEMIA.

Ortiz. Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Señora. Tomado lo han á destajo esta mañana.

EUFEMIA.

Sal aquí, que eres de menester.

MELCHOR.

Ya, ya, no me digais mas, que ya voy atinando lo que me quiere.

EUFEMIA.

Pues si lo sabeis, haceldo y despachá, que vuestro señor es ido á oír misa, y será presto de vuelta.

MELCHOR.

No sé por donde me lo comience.

EUFEMIA.

Con tal que se haga todo, comenzá por dó querreis.

MELCHOR.

Ora, sus, ya voy en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querria yo?

EUFEMIA.

No, si no lo dices.

MELCHOR.

Saber á lo que vó, ó á qué.

EUFEMIA.

¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese á acostar? Oislo, Jimena de Peñalosa.

#### ESCENA IV.

EUFEMIA. MELCHOR. JIMENA.

JIMENA.

Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere. ¡Ay! si he podido dormir una hora en toda esta noche.

EUFEMIA.

¿Y de qué, ama?

JIMENA.

Mosquitos, que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejon.

MELCHOR.

Debe dormir la señora abierta la boca.

JIMENA.

Si duermo ó no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

MELCHOR.

¿Cómo quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana se echa los nueve hecha cuba?

JIMENA.

¡Ay! señora, ¿parésceme á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharon de comer gachas en mitad de mi cara? ¡Ay! plegue á Dios que en agraz te vayas.

MELCHOR.

¡En agraz! A lo menos no la podrán comprender á la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

JIMENA.

¿Por qué, molde de bodoques?

MELCHOR.

¿Cómo se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si á la contina está hecha uva?

JIMENA.

Aosadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

MELCHOR.

Pase adelante la cara de mula que tiene torozon.

JIMENA.

¡Ay! señora, déjeme vuesa merced llegar á ese pai-

lon de cocer meloja. ¿Qué le parece cual me para el aguja de ensartar matalates? ¡Paramento de bodegon! allega, allega, canton de encrucijada, aparejo para cazar abejarucos.

EUFEMIA.

Paso, paso, ¿qué es esto? ¿No ha de haber mas crianza, siquiera por quien teneis delante?

### ESCENA V.

CRISTINA Y DICHOS.

CRISTINA.

¡Ay! señora, ¿y no hay un palo para este lechónazo? Por mi salud si no parece que anda acá fuera algun juego de cañas segun el estruendo.

EUFEMIA.

En verdad que parecen contino, estando juntos, gato y perro.

CRISTINA.

Haria mejor á buena fe, ese señor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres dias ha no se le cae la silla de encima.

MELCHOR.

Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. ¿Cómo demonio se le ha de caer, si está con la gurupera y con entrambas á dos las cinchas engarrotadas?

EUFEMIA.

Librada sea yo del que arriedro vaya. ¿Parécete que es bien estar el cuartago sin quitar la silla tres dias ha? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

JIMENA.

Los recados del señor.

MELCHOR.

¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, ¿dejáralo estar ansi?

CRISTINA.

¿Y parécete á ti que procede de buen querer dejalle con la silla tres dias?

MELCHOR.

Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga, yo no le dejé dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene. Otro peor mal no tuviese, que esotro bien le pasaria.

EUFEMIA.

¡Ay amarga! ¿y qué?

MELCHOR.

Que desde que señor vino anteyer del alquería, maldito el grano de cebada que ha probado, de todos cuantos piensos le he puesto.

\*

EUFEMIA.

¡Jesus! Dios sea conmigo: ¿pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

MELCHOR.

Verdad, señora, así como yo soy hijo de Gabriel Ortiz é Arias Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

JIMENA.

Honrados dictados tenia el señor vuestro padre.

MELCHOR.

Tal me haga á mí Dios, amen.

EUFEMIA.

Harto bien te desees por cierto.

MELCHOR.

Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi padre á cualquiera, no hablaba mas el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

CRISTINA.

¡Ay señora qué desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo habia de comer el rocin con freno y todo en la boca.

EUFEMIA.

¿Con freno?

MELCHOR.

Sí señora, el freno, el freno.

EUFEMIA.

¿Pues con el freno le has dejado, traidor?

MELCHOR.

¿Pues he de ser yo adivinador, ó vengo yo de casta para ser tan mal criado como aqueso?

EUFEMIA.

¿Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocin?

MELCHOR.

Si le enfrenó nostramo, ¿paréscele qu'era límite de buena crianza, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor habia hecho?

JIMENA.

La retórica como la quisíeredes, que respuesta no ha de faltar.

MELCHOR.

¿Retórica? ¿Sabe que la mamá en la leche?

EUFEMIA.

¿Tan sábia era su madre del señor?

MELCHOR.

Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no habia pega ni tordo en gavia que tanto chirlase.

CRISTINA.

Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha

lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

EUFEMIA.

Bien has dicho, entremos.

JIMENA.

Pase delante el de los buenos recados.

MELCHOR.

Vais ella, la de las buenas veces.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

(Calle.)

POLO. VALLEJO.

POLO.

A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; pero ¿qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? ¡Catá que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningún día hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa, ó parte dellos, en revuelta! Mirá hora por qué diablos se envolvió con Grimaldicos el page del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay

en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como esta, y mas estando á la puerta de la Seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nació se me quiera venir á las barbas, y que me digan á mí los lacayos de mi amo que calle por ser el capiscol su señor amigo de quien á mí me da de comer? Así podría yo andar desnudo é ir de aquí á Jerusalem los pies descalzos y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

POLO.

No he visto ninguno.

VALLEJO.

Bien está, señor Polo: la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los términos que llevo en mis pencias, y si viéredes algunos muertos á mis pies (que no podrá ser menos, placiendo á la Magestad divina), el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

POLO.

¿Cómo? ¿Qué tanto peccó aquel pobre mozo que os